

Colección Fútbol Divulgación

ANTES DEL GOL

La red que une el azar, la ciencia y el juego

ADRIÁN ADROVER

Prólogo de
ALEJANDRO SABELLA

FDL

www.futboldelibro.com

INDICE

ANTES DEL GOL

LA RED QUE UNE EL AZAR, LA CIENCIA Y EL JUEGO 11

PRÓLOGO..... 15

INTRODUCCIÓN

EL DIEZ..... 19

LA VELOCIDAD Y EL ROMANTICISMO..... 29

CAPÍTULO I

LA SELECCION DE LA COMPLEJIDAD Y LA INCERTIDUMBRE 37

EL HORMIGUERO, LA LLUVIA, EL RESFRÍO MIENTRAS ESPERABA EL
COLECTIVO Y EL CLÁSICO RIVER - BOCA 39

UN FRANCÉS QUE LA DEJA CHIQUITITA ASÍ (A LA MATEMÁTICAS)..... 48

UN AMERICANO SE SUMA A LA SELECCIÓN DE POINCARÉ..... 50

ESTE RUSO ES EL DIEZ QUE LE FALTABA AL EQUIPO	53
LOS BEATLES JUGABAN EN HAMBURGO	60
EL JUEGO ES TÁCTICO Y POR ENDE, GLOBAL.....	62
DALE TIEMPO, DALE TIEMPO... ..	64
LOS SISTEMAS SON ECOLOGISTAS, NO GASTAN ENERGÍA DE MÁS.....	67
LAGARTIJA, ARDILLA Y MONO: BUEN EQUIPO.....	70
UN EQUIPO SE MODELA	74

CAPÍTULO II

LO QUE NATURA NO DA.....	77
LA FURIA, ¿QUÉ ERA ESO?	79
PRIMERO EL JUGADOR, DESPUÉS LA FUNCIÓN	87
PELLEGRINI, EL CHEF	90
LA PREPARACIÓN FÍSICA NO EXISTE. ¿CÓMO DIJO, PACO?	97
LA HISTORIA DEPORTIVA DETERMINA EL RENDIMIENTO	99

CAPÍTULO III

EL FÚTBOL NECESITA MEMORIA	103
EL OTOÑO DEL PATRIARCA.....	105
EL HÁBITO HACE AL MONJE	109
SABER HACER O SABER QUÉ HACER.....	122
JUGAR CON LA PLAY ES UN BUEN ENTRENAMIENTO	126
LOS MAESTROS: EL JUEGO, POR SÍ SOLO, NO ENSEÑA.....	129

CAPÍTULO IV

EL BARCELONA DE GUARDIOLA, UN VERDADERO CISNE NEGRO ..	133
RARA AVIS.....	135
LAS INFLUENCIAS HOLANDESAS	138
EL JUEGO DE POSICION Y LA NECESIDAD DE UNA GEOMETRIA FRACTAL	141
¿TOCO Y VOY O TOCO Y ME QUEDO? ¿TRASLADO LA PELOTA O LA PASO RAPIDO?	147
TENER LA PELOTA, NO PERDERLA Y, SI ESO PASA, PRESIONAR AL	

ANTES DEL GOL

RIVAL	151
EL TERCER HOMBRE, OTRO CONCEPTO MADE IN BARCELONA.....	156
A CORRER COMO LOCOS	159
MIENTRAS ATACABAN, TAMBIEN ESTABAN DEFENDIENDO	165

CAPITULO V

EL ORIGEN DEL TALENTO ARGENTINO.....	169
LA “GRACIA” DE QUE MESSI, MARADONA Y DI STÉFANO SEAN ARGENTINOS	171

CAPITULO VI

EL MÉTODO DE ENTRENAMIENTO DE BIELSA.....	191
LA DIVISIÓN DE LA REALIDAD	193
DISTINGUIR PARA APRENDER.....	202
QUÉ ES LO QUE HAY QUE ENTRENAR	205
¿QUÉ CONTIENE EL FÚTBOL?.....	205
LA RUTINA DEFENSIVA	207

LOS VOLANTES DEFENSIVOS TIENEN QUE VOLVER.....	210
SI ME ELIMINAN, REGRESO PARA AYUDAR A QUIEN ME AYUDÓ ..	211
APRENDER A SOPORTAR EL DOS CONTRA UNO	212
ASOCIARSE A TRAVES DEL PASE	214
LA DEFINICION	220
LA PRESIÓN	222
LA SALIDA	224
LA ORGANIZACIÓN DEFENSIVA	226
JUGAR POR LOS COSTADOS.....	230
EPÍLOGO	233
AGRADECIMIENTOS.....	241
BIBLIOGRAFIA.....	245

ANTES DEL GOL

ANTES DEL GOL

**LA RED QUE UNE EL AZAR, LA CIENCIA Y EL
JUEGO**

ANTES DEL GOL

A mi esposa Liliana y a mis hijos, Milagros y Octavio

ANTES DEL GOL

PRÓLOGO

A pesar de las distancias, de las diferencias culturales, de los idiomas y hasta de color de piel, una gran mayoría de los habitantes de nuestro planeta viven en una casa que nos alberga a todos: La casa del fútbol; y a través de televisores, computadores, radios y libros, interactuamos permanentemente. En la Argentina, a diferencia de otros lugares, como por ejemplo España y Portugal, no hay una abundante literatura dedicada al juego y a las ideas que hacen al desarrollo del fútbol, por eso resulta una buena noticia encontrarnos con un libro que trata sobre los cambios que fueron modificando el modo de pensar y de jugar al fútbol, desde los descubrimientos de las neurociencias hasta el origen del talento argentino, pasando por el método de entrenamiento de Marcelo Bielsa o el modelo de juego del Barcelona que dirigía Josep Guardiola.

Con Adrián hemos mantenido largas y apasionadas charlas, muchas de ellas mientras esperábamos que nuestros hijos, Octavio y Alejo, terminaran su práctica de fútbol. Esas conversaciones, que abarcaban la táctica, el entrenamiento, los sistemas de juego o el aprendizaje de los jugadores, nos enriquecieron mutuamente. Conozco muy bien la curiosidad, la pasión, el poder de observación y, sobre todo, el conocimiento que el autor tiene sobre el juego. Por suerte para todos quien amamos el fútbol, una parte de esas ideas han tenido como corolario, este libro: Antes del gol.

*Solo me resta desearte lo mejor
Tu amigo*
ALEJANDRO SABELLA

ANTES DEL GOL

INTRODUCCIÓN

ANTES DEL GOL

INTRODUCCIÓN

EL DIEZ

Octavio Paz o Gabriel García Márquez o Alejo Carpentier caminarían sin apuro por los extensos senderos del Central Park; se detendrían en cada árbol añejo; reconocerían el canto de los cientos de especies de pájaros que moran allí; pasearían por Strawberry Fields y se pararían frente al mosaico que la ciudad de Nápoles le regaló a Yoko Ono y en cuyo centro está inscrita la palabra “imagine”, en homenaje a John Lennon, justo frente al Dakota, el edificio donde lo asesinaron (y que ellos aprovecharían para visitar); se deleitarían con el estilo gótico-romántico del castillo Belvedere; responderían con una sonrisa ante el chino que los saludara y apenas se darían vuelta para observar a la pareja de rusos que se sacan fotos en la Bethesda Terrace; apreciarían la arquitectura de cada puente y de sus diferencias; descansarían a orillas de alguno de los lagos; mirarían con ojos de niños esos carruajes antiguos que esperan a sus pasajeros, estacionados al borde de la 59th; y verían, al pasar, dos o tres ardillas subir a los árboles, siempre apuradas; recorrerían el jardín de Shakespeare, la fuente Bethesda, con su Ángel de las Aguas y el lirio en su mano; no se perderían el Paseo literario, ni las estatuas de poetas y escritores, ni la de Alicia en el País de las Maravillas; llegarían a la quinta avenida y espiarían, de lejos, las grandes vidrieras; y habrían notado, del otro lado, el

barrio de Harlem y después se hubieran dado una vuelta por el Metropolitan Museum; y antes, habrían olfateado alguna flor y habrían pasado cerca del Delacorte Theatre y hubieran imaginado la puesta en escena de Hamlet durante el verano. Por ejemplo. Y si tuviéramos la suerte de encontrarlos en un bar del Soho, con ganas de contarnos su experiencia, el relato nos transportaría hacia el Parque y viviríamos el momento como algo nuevo, aunque ya lo hubiéramos recorrido decenas de veces. No sería, claro, un trámite rápido, porque las experiencias profundas requieren una cierta suspensión del tiempo. Los cerebros superiores suelen ser lentos, describen el paisaje a su manera: no buscan palabras, las encuentran; no hacen silencio, lo eligen; y todo eso, naturalmente, requiere paciencia. Hacer desaparecer los objetos no es un procedimiento fácil. Eliminar el bar, los pocillos, el ruido, el olor del café, la gente alrededor. Nos tienen que engañar y hacernos creer que estamos en el Parque, caminando con ellos, viviendo una experiencia desconocida que ellos van a inaugurar con una narración única, inédita, que no es la mera descripción del paisaje que ya conocíamos.

Lo mismo podríamos decir del enganche, del diez, o de Juan Román Riquelme, si queremos poner un nombre propio. Con ellos, el fútbol no se repite: se reinventa y se convierte en emoción. Sus cerebros también son complejos: detienen el tiempo para volver a acelerarlo, repentinamente, en un pase imprevisto, en un freno o en un amague que tuerce la perspectiva de las cosas, que nos hace ver lo que estaba oculto, incluso hasta de nuestra propia imaginación. Determinan las posibilidades porque las inventan y las hacen infinitas, sostienen el tiempo porque lo crean. Nos engañan, nos

INTRODUCCIÓN

retiran el mundo y ya no podemos ver otra realidad que no esté inscrita en esa narración que ellos desarrollan en el idioma de la pelota. Esos jugadores y ese fútbol no abundan. Son como los escritores clásicos. Tienen nombres propios y tal vez creemos que ya no los veremos tan seguido como antes. Tal vez se trate de que ese sentido y esa espiritualidad que ellos saben darle al juego, haya cambiado un poco, producto de los tiempos que nos tocan vivir. Vale la pena intentar una respuesta, buscar una razón, entender el proceso por el cual se fue produciendo la transformación.

En cada partido de los cientos que solemos mirar, notamos una secuencia repetida, que se sucede sin muchas diferencias; los partidos no son iguales, pero se parecen unos a otros. Los jugadores van y vienen; cada vez más rápido. La velocidad está puesta allí no ya como recurso del talento sino como valor en sí mismo. El desplazamiento es más importante que la forma. Llegan al área jugando a uno o a dos toques; tiran un centro; vuelven; defienden todos, atacan todos; una vez más; insistentes. Gol. O el arquero. O a las nubes. El lunes, el martes, el miércoles y así hasta el domingo; todos los días, en internet o en televisión. No en el estadio, a los que vamos cada vez menos. Tal vez porque el espectáculo también implica el plano corto, la cara del futbolista mostrándonos su frustración o su alegría; o tal vez porque en casa podemos apreciar, nuevamente, esa jugada; y luego juzgarla. Y porque mientras tanto podemos levantarnos, abrir una cerveza o tomar unos mates y, al mismo tiempo, chatear con nuestros amigos. La secuencia se completará con un compacto de los goles y de las jugadas más importantes, que veremos en la televisión, en la computadora o en el celular; y escucharemos a una fauna

heterogénea que juzgará a los jugadores y a los entrenadores; que montará un show –previamente armado– para polemizar: jugaron sin actitud, o no saben jugar al fútbol, o el entrenador tiene que dejar el cargo. Parecerá ser el centro de nuestras vidas, pero sólo por un rato; el efecto será efímero, se disipará rápidamente. Será un hecho fugaz, como la lluvia torrencial de esta mañana, que ocupa nuestras conversaciones hasta el sol de la tarde; como la película que vimos en el cine el sábado a la noche y de cuyo argumento nos olvidaremos el lunes (sobre todo si es una de Hollywood). El partido será una experiencia cuya relevancia estará dada por el presente, no por el partido en sí, ni menos por lo que nos quedará a nosotros como vivencia de un hecho que aprehenderemos como si fuéramos los protagonistas. No se trata de una ilusión, antes bien es parte de una trayectoria, de una secuencia que nos mantiene cautivados justo hasta que viene el otro partido, que repetirá el ritual y que esperaremos con renovado entusiasmo frente al televisor.

Cada año fuimos agregando partidos a la lista de ofertas: de España, de Inglaterra, de Italia; después de Brasil, de Francia, de México; y la lista se haría interminable si consultamos alguna página de internet. Era necesario. Qué hubiera pasado si no. Esos largos interregnos entre el partido del domingo y el del otro domingo (con suerte había alguno de la Copa Libertadores el miércoles) debían ser ocupados. Eran nichos (fea palabra) que el negocio no debía desaprovechar¹. Entonces nos vemos tentados

¹ En 1992, mientras vivía en Viedma y asesoraba a Liga Rionegrina de Fútbol, llevé a Julio Grondona en mi automóvil hasta Bahía Blanca, donde iba a tomar un avión de regreso a Buenos Aires. Durante el viaje le pregunté por qué nosotros, que vivíamos muy lejos de la Capital, no podíamos ver los partidos de Primera División en directo. Me contestó que eso mataría el fútbol de las Ligas del interior del país. Estoy convencido de

INTRODUCCIÓN

a pensar que el fútbol se ha convertido en esclavo del dinero. Y si lo pensamos, tal vez lo que estemos haciendo es ver una foto de las patas del animal mientras se escucha la primera estrofa de la novena sinfonía de Beethoven. No estaríamos viendo la película, donde el animal entero corre mientras suena la última parte de la sinfonía, el himno a la alegría. Tomamos ese dato, que es el que nos molesta o el más evidente, y ya encontramos una causa en donde podemos poner todos los males que, creemos, afectan al fútbol. Como si fuera un cesto de basura. Probablemente no sea una buena idea si es que queremos comprender qué es lo que ha pasado. Porque cuando examinamos por qué el fútbol es un enorme negocio que se expande a países sin demasiada tradición, como China (con el único objeto de captar a miles de millones de personas) o por qué los chicos –nuestros hijos– pueden estar mandando mensajes mientras ven televisión, charlan con nosotros, toman algo y ven videos en you-tube, todo en el mismo momento, tal vez habría que preguntarse si esos acontecimientos no guardan alguna relación. O por qué algunos entrenadores prefieren dejar en el banco de suplentes a Riquelme (y agregue usted los jugadores talentosos que se le ocurran o que piense que son muy buenos y que algún entrenador ha preferido no ponerlos). Seamos más claros, reclamamos por una especie en vías de extinción: el enganche. Cuál podría ser la relación; podemos pensar que esos hechos están unidos por el color del dinero, la sociedad de consumo, el negocio de grandes corporaciones, la globalización y todo eso que –según juzgamos– va inundando de superficialidad cada rincón del alma que aún nos queda; si nos queda.

que su respuesta fue sincera. Tal vez él no se esperaba lo que pasaría pocos años después.

¿Qué había antes de la Novena Sinfonía de Beethoven o antes del cine? ¿A quienes reemplazaron? Y si el enganche está en vías de extinción, ¿por quién lo reemplazamos? (o a Riquelme, si es que es verdad que ya no lo veremos más). Claro que existía una música antes de la novena sinfonía. La escuchaba muy poca gente, era una forma elitista de entretenimiento, con maneras más bien sobrias e intelectuales. Cuando se escuchó por primera vez, la mitad del público se fue antes, a mitad de la obra. Demasiado larga. Un crítico londinense de aquella época, de reconocido prestigio, expresó que esa sinfonía sólo podía ser escuchada por gente frívola y superficial; cerebros que, por educación y por costumbre, no pueden pensar en otra cosa que no sea en la moda, los trajes, el chisme y la lectura de novelas. ¡La lectura de novelas! Sí, hubo una época en la que también era mal visto leer novelas. Una época en la que los padres alejaban a sus hijas de los lectores de novelas. Ahora siguen existiendo y esas historias también se narran a través del cine, o de la televisión, o de un Ipad. Nos surge la tentación de hablar de evolución: del caballo a la locomotora y de ahí al avión; de los Sacachispa a los Fulbencito y de ahí a los Puma flúo. Pero hay muchas cosas en nuestras sociedades que no implican necesariamente una evolución, sino lo contrario. Sería mejor decir, simplemente, que las cosas cambian. Y cada vez más rápido (otra vez la velocidad como protagonista). Pensamos distinto, actuamos distinto. También en el fútbol. Para intentar entender, para encontrar respuestas, para explicarnos cuáles fueron los mecanismos que desataron esos cambios, al menos en el fútbol, es preferible intentar ver la película, no la foto; el animal corriendo, no sus patas o sus orejas; la novena sinfonía en toda su extensión, con el himno a la alegría incluido.

INTRODUCCIÓN

Nada mejor, para hacerlo, que sentarnos bien arriba, en la tribuna, y no tomar partido por nadie. No nos pongamos ninguna camiseta si no queremos correr el riesgo de que la película se vea borrosa. Cuando usted no ve al enganche, o lo ve –que es peor– sentado en el banco de suplentes, hay que empezar por el tiempo en el cual Riquelme apenas había nacido. En ese fútbol había punteros que vivían cerca de la raya, confundidos entre la gente, esperando que viniera la pelota para transformarse en un ventarrón o en un trompo que mareaba a su marcador, con quien, antes o después, había intercambiado miradas amenazadoras e incluso algún insulto. A esos defensores los llamábamos “marcadores de punta”, guardianes, a nombre de su equipo, de un territorio que amenazaba el puntero con la intención de desembarcar en el fondo de la cancha para darle la pelota al nueve o irse, solito, rumbo al gol. Esos marcadores vivían confinados en un territorio que abarcaba apenas hasta la raya central. Alessandro Baricco, exitoso escritor y en su juventud apasionado futbolista, cuenta que durante años vio a su equipo “marcando goles lejanos y vagamente misteriosos: era algo que ocurría allá al fondo, en una parte del campo que no conocía y que, a mis ojos de defensa lateral, reproducía el aura legendaria de una localidad balnearia, más allá de las montañas: mujeres y gambas. Cuando marcaban un gol, allá al fondo se abrazaban, esto lo recuerdo bien. Durante años vi como se abrazaban, desde lejos. De vez en cuando incluso me dio por recorrer todo el campo para unirme a ellos, y abrazarme yo también, pero la cosa no salía muy bien: uno siempre llegaba un poco tarde, cuando la parte más desinhibida del asunto ya había terminado: y era como emborracharse cuando los demás ya están volviendo para casa. Así

que la mayor parte de las veces me quedaba en mi sitio: entre los defensores intercambiábamos alguna sobria mirada. El arquero, ése siempre estaba algo loco: él se las arreglaba por su cuenta...”.

No eran los únicos casos, también había un stopper obstinado en impedir que el nueve rival pudiese convertir un gol: en ese duelo personal se centraba una tarea tan implacable como injusta porque un rebote, en el minuto noventa, podía frustrar una actuación impoluta. Detrás de ellos, de los marcadores de punta y el stopper, estaba el líbero, como un buen amigo dispuesto a ayudar cuando hiciera falta; elegantes, sobrios, inteligentes e intuitivos, podían ser toscos o finos en el manejo de la pelota; era un asunto menor. Lo trascendente era alejar esa pelota del área, convertirla en inocua, perderla de vista a un costado de la cancha, hacerla volar entre los árboles, o detrás de ellos. Había, en ese fútbol que yo conocí, unos número nueve grandotes, oportunistas y goleadores. Andaban pululando por el área como quien va por el barrio de Once o de Flores a la pesca de alguna oferta; eran como comerciantes astutos: de lo poco sabían hacer mucho; entre lo escaso sabían apreciar ese retazo de jugada que, como de la nada, convertían en un gol. Era un fútbol de especialistas. Excepto el ocho, más parecido al médico clínico que tanto puede saber de los músculos como del cerebro de una persona. Pero no profundamente: hacían goles, aunque no tantos; manejaban los tiempos del equipo pero sin la inteligencia del diez; marcaban pero sin la energía del cinco; gambeteaban pero sin la habilidad electrizante del siete o del once. Era un adelanto de la medianía que veríamos después. La belleza, la poesía, el arte hecho jugada, el ideal lúdico del fútbol; el acto de magia que podía detener el mundo hasta convertirlo en una foto que quedaba

INTRODUCCIÓN

grabada por siempre en la memoria; todo ese sueño solo podía estar reservado al número Diez. Caminaba; no importa; levantaba la patita cuando el cinco de ellos lo quería amedrentar; no interesa; se paraba y ponía los brazos en jarras cuando un compañero no le daba la pelota; qué más da. De él nos importaba ese pase, esa gambeta, ese sombrero, ese caño, ese tiro libre. En singular, porque cada jugada podía ser única, como lo es la pintura del artista o el libro del gran escritor. Todo eso nos recuerda Riquelme y los enganches que añoramos. El fútbol, en ese entonces, era de artistas y de peones; el trabajo, en el campo, estaba dividido. Una suerte de línea de montaje de una fábrica cualquiera: Cada uno en lo suyo.

En aquél tiempo todo era lento, los días pasaban con minutos que parecían horas; incluso, hasta podíamos aburrirnos (sobre todo si teníamos que ir a visitar a la tía anciana, que todavía ni siquiera tenía televisión). El fútbol también lo era, tenía caja de tercera, como los antiguos automóviles. Ahora los días pasan con horas que parecen minutos, y si bien las tías ancianas siguen existiendo, están en los geriátricos, y allí los chicos no van (y si fueran, lo harían acompañados por el pedazo de mundo desplegado en sus Ipods). También el fútbol acompañó las nuevas costumbres, se hizo más rápido, más espectacular (no dije más lindo o mejor), más apropiado para los intereses de la televisión y del negocio. No es un fútbol de fotografías, de secuencias lentas; es un fútbol de videoclip, de transiciones rápidas, donde se está defendiendo mientras se prepara el ataque y se ataca pensando en defender; porque todo es tan inmediato y fugaz que hay necesidad de pensarlo antes; si lo pensamos recién cuando ocurre, ya es tarde. De esas trayectorias lentas a estas trayectorias rápidas. Eso cambió.

Pero no fue lo único. De aquellas tareas perfectamente definidas y realizadas por especialistas, a esta especialización generalista en la que todos hacen de todos. Y de todo: El lateral ataca, hace diagonales, llega al área; el diez defiende y presiona; el siete baja cuando sube el tres y así están, como amigos que salen a correr por el Central Park; el nueve persigue a los centrales para evitar la salida clara desde la defensa. Y todos apiñaditos, cerquita unos de otros, como un ejército compacto y cerrado, defendiendo el arco propio. A propósito de ello, dos referencias que grafican esos cambios: la primera de Bielsa, para quien los centrales tienen que tener un buen manejo de la pelota, a tal punto que cuando elige un jugador, puede postergar algunos aspectos inherentes a la función defensiva para conseguir que ese primer pase sea eficaz. La segunda es de Guardiola, quien enseña a sus jugadores que los defensores deben atacar y los delanteros deben defender. Y que cuando un equipo consigue hacer eso, es casi invencible, según cree.

De la división de funciones a la acumulación de funciones; de la parcelación de tareas a la extensión de las tareas. Una medianía donde todos los jugadores están dispuestos para hacer lo que haga falta. Esa es la perplejidad de Riquelme, obligado a convivir con todo eso. Pero si vemos la fotografía del negocio esparciéndose por todo el campo de juego devastando todo rastro de civilización anterior mientras no sirva a sus intereses, no estamos viendo la película. Estamos viendo un monstruo que nos muestra unas garras y unas orejas y un ojo. Pero no todo el animal. Cuando lo apreciemos, tal vez no sea monstruoso. Ese fútbol, donde todos atacan y todos defienden, donde la velocidad, la potencia y la dinámica son valores necesarios y propios del sistema, nos recuerda a la Holanda del 74, al totaalvoetbal (fútbol total).

INTRODUCCIÓN

No importa si ese fue el comienzo. Allí tenemos un hito que nos hizo dar cuenta de que algo estaba cambiando, que empezaba a ser distinto. La regresión de la especialización generó una multiplicación de posibilidades. La consecuencia de esa regresión terminó, muchas veces, con Riquelme sentado en el banco de suplentes. Pero el sistema no lo expulsó. Tal vez, ocasionalmente, se haya sacado de encima al enganche. Por efecto de muchas cosas que fueron ocurriendo, entre ellas el hecho de que, en la nueva película, al muchachito se le exige no sólo salvar a la humanidad, sino también –a veces– preparar la comida o secar los platos. Usted los puede ver, todos los días –no solo los domingos– convirtiendo maravillosos goles, salvando (no a la humanidad pero sí) a sus equipos y muchas veces, cuando es necesario, con el delantal del cocinero.

LA VELOCIDAD Y EL ROMANTICISMO

Es más romántico establecer una lucha que ya creemos perdida, convertirnos en Quijotes que luchan frente a molinos de viento. Si algo nos devuelve la idea de romanticismo es la idea de espiritualidad, de ser humanos. Justamente a partir del siglo XIX la burguesía buscó una manera de elevación que le permitiera dotarse de una espiritualidad; un alma ya no como representación de Dios sino como forma de trascendencia personal, es decir, la conciencia de que tenemos una dimensión espiritual (no religiosa) capaz de

elevarnos por encima de nuestra naturaleza puramente animal. Fueron construyéndola acercándose a la intimidad de las cosas, encontrando en ellas un sentido que no aparece, fácilmente, en la superficie, que no se aprecia a simple vista. Se consigue con tiempo. Lentamente. Había que tener paciencia para absorber cada pedazo de mundo. En el fútbol, esa intimidad, ese conocimiento profundo del juego, esa reivindicación de una lentitud tan necesaria como vital para absorber el sentido de un acontecimiento; esa iluminación, tan natural como adquirida en miles de horas sumergido en campos de fútbol, sólo puede ser resumida, sin vueltas, por el número diez: Es ese movimiento lento de Riquelme que parece detener el mundo justo antes de que este vuelva a echarse a rodar impulsado por un pase invisible que descubre la inminencia de un gol que nos parecía tan lejano. Se entiende la añoranza.

Por eso, tal vez, sigamos quejándonos de cierto fútbol, de las orejas monstruosas del animal, protestando por esos chicos que miran una película, chatean, comen pizza, te preguntan algo, como al pasar, superficialmente, casi desentendidos. No los entendemos. Nos gustaría encontrar en ellos esa espiritualidad perdida. Saltan de un lado a otro, a velocidades altísimas, sin detenerse más que un instante en cada estación de mundo. Hemos creído siempre que el premio viene después del esfuerzo y que el alma se encuentra en la profundidad de las cosas (y podría seguir siendo cierto si es que uno se dedica a una profesión determinada) pero para los chicos eso implica un sinsentido: Si deciden emplear todo el tiempo necesario para llegar al corazón de las cosas, supongamos, de la novena sinfonía, es probable que no les quede tiempo para nada más. ¿De qué sirve llegar al corazón de esas cosas si, para llegar,

INTRODUCCIÓN

han dejado de ir al cine, no conocen el nuevo videojuego, se han perdido retazos de mundo que transcurren en Youtube, han dejado de ver la serie de Discovery o de Sony y no han visto el partido del que todos hablan, antes, y luego todos comentan, después? ¿En qué mundo preferirán vivir? No se trata de un problema de esfuerzo, sino de premio. Para los burgueses, el acceso al corazón de las cosas era una cuestión de placer, de intensidad de vida, de emoción. Los chicos, tal vez, harían el esfuerzo si encontraran en ello un sentido. ¿Quién se los asegura, como para que decidan zambullirse a semejantes profundidades? La experiencia parece estar en la superficie, y para eso hay que navegar, surfear de aquí para allá, viviendo múltiples situaciones, devorando pedazos de un mundo que se precipita hacia nuestros sentidos. Con rapidez. O lo tomamos o se va. Definitivamente. El sentido está en la secuencia; en la trayectoria. El saber parece menos profundo, pero es, en realidad, extenso, abarcativo, integral. Como bien dice Alessandro Baricco, el camino del saber, que antes hacíamos en vertical, ahora lo hacemos en horizontal: Extensión, complementariedad, integración y contexto. Esos son los nuevos adjetivos del saber. Se busca el sentido, pero de otra manera: En la superficie y no en la profundidad; con viajes permanentes en lugar de lentas inmersiones.

Quien sabe cuándo empezó ese movimiento que hizo que el cinco o el dos necesitaran manejar bien la pelota, además de marcar; quién sabe cuándo nos ocupamos de la velocidad. O que hayamos empezado a hablar del falso nueve, del doble cinco, del mediapunta, o del lateral volante. Qué importa. Da igual. Ya no encontramos con facilidad al enganche, a esos jugadores que con

un toque de inspiración le daban sentido a todo un domingo, pero encontramos a otros que, metidos en un colectivo, con funciones múltiples, ofrecen una estética –a veces– tan gratificante como aquella. Quizá siga pensando, de todos modos, que el fútbol ha dejado de pertenecerle a los jugadores, que se lo apropiaron los dirigentes de Asociaciones y Federaciones que saben muy poco de este juego, o que los intereses de la televisión o de las grandes corporaciones han corrompido este deporte. Puede ser.

Pero sería conveniente que situemos este cambio en una red de acontecimientos: Pensemos en la mejora de los campos de juego; o en el desarrollo tecnológico que ha acercado el fútbol hacia lugares remotos; o en que el avance de las ciencias ha permitido poner en práctica métodos de entrenamiento más adecuados para los futbolistas; o en que la información que circula por la red, con libertad, nos ha permitido conocer y aprovechar esos avances; o en que los jugadores jóvenes tienen espejos donde mirarse porque al menos –si no es en directo– pueden ver a los mejores jugadores de todo el mundo por la televisión. Por ejemplo. Después, seremos libres de juzgar si, de todas maneras, estos cambios se traducen en una mejora del juego y del espectáculo o si, por el contrario, aquel animal, aunque más lento, también era más esbelto, refinado y hermoso. Pero si la mirada se detiene en un único rasgo de esta civilización de la espectacularidad, que estimula el goce efímero, sin sentido, entonces esa mirada será tan superficial como lo que critica. Porque cuando eso no pasaba y el fútbol no era esclavo del negocio, había equipos que no daban mucho más que patadas y solían regalarle demasiadas pelotas a los ángeles. y, como contrapartida, al compás de este fútbol nuevo, de trayectorias

INTRODUCCIÓN

rápidas, aparecieron equipos, como la Selección alemana, campeona del Mundo en Brasil, mostrándonos eficacia, espectacularidad, dinámica, velocidad, armonía, contundencia e incluso, algo de inspiración individual. Sus jugadores no se parecen al número diez. Pero también, como signo de estos tiempos, nació el Barcelona de Guardiola, influido –era inevitable– por esta postmodernidad: Todos atacan, todos defienden; todos corren, todos cumplen con una multiplicidad de funciones. Allí hay un héroe como Iniesta, que puede hacer la comida, preparar las mesas, atender a los comensales y, al mismo tiempo, conducir la fiesta. Si buscábamos alma, profundidad, trascendencia, sentido, ahí estaba. ¿Quiere resumirlo? Una verdadera Novena Sinfonía de Beethoven.

Habría que ver, en cada caso, qué cambios significan una evolución y cuáles resultan inocuos, o hasta nocivos. Aquél fútbol total de Holanda, que hoy podemos ver como una verdadera evolución, parece que era parte de un movimiento más amplio que se daba en los Países Bajos y en el resto de Europa. En Holanda, por ejemplo, el arquitecto estructuralista Aldo Van Eyck decía que los sistemas debían ser familiares el uno con el otro en tanto componían un único sistema complejo. De la misma manera, en el Ajax de Michels, cada jugador infería su importancia y su significado a partir de su relación con los demás integrantes del equipo. Eran un todo. No es casual, tampoco, que a ese estilo se lo conociera como fútbol total. Ese término no era, por supuesto, exclusivo del fútbol sino que, al contrario, era utilizado en una vasta cantidad de disciplinas. Justamente, el arquitecto holandés J.B. Bakema, parte de aquél movimiento, usaba términos como “urbanización total” o

“ambiente total” y sostenía que el hombre “ahora es consciente de que es parte de un sistema de energía total”. Claro que la arquitectura no tiene nada que ver con el fútbol. Pero los avances científicos fueron modificando el modo de entender y procesar la realidad. En todos los ámbitos (la literatura, la física, la meteorología, la psicología, o la neurología). Y de eso nos ocuparemos en la primera parte del libro, de los procesos que fueron modificando la manera de entrenar a un equipo y de mejorar a los jugadores. Describiremos, como parte de esa evolución, el juego del Barcelona de Guardiola, que tiene –y no de casualidad– sus raíces holandesas.

El capítulo siguiente se refiere a la creatividad y se relaciona, también, con el entrenamiento, con el estímulo que necesita el talento natural. En la Argentina han nacido tres de los cinco mejores jugadores de la historia del fútbol (Maradona, Di Stéfano y Messi; los otros dos son Pelé y Cruyff). Siempre hemos pensado que las razones debían buscarse en una buena base alimenticia, en las horas dedicadas al fútbol en cada potrero de cada rincón de este país y, por supuesto, en el amor que sentimos los argentinos por este juego que hemos aprendido, paradójicamente, de los ingleses. Todos ellos son requisitos necesarios, claro, pero no alcanzan a explicarnos el punto central que facilita el desarrollo del talento. Veremos cuán necesarios hemos sido cada uno de nosotros para que los futbolistas argentinos expresen un talento tan particular.

El método de entrenamiento de Marcelo Bielsa nos va a ocupar el último capítulo. Y no necesariamente porque las ideas del entrenador argentino puedan ser inscriptas dentro de nuevas tendencias de pensamiento. Pero la metodología que él ha creado para construir el juego o el estilo de un equipo y para mejorar individualmente a los

jugadores es, por su originalidad, una verdadera novedad y, por lo tanto, merece un tratamiento específico.

Estas páginas expresan sólo un modo de ver las cosas. Y aunque ninguna perspectiva es la verdadera, la pérdida de un punto de vista empobrece el mundo común. Y si algo, poco o mucho, de lo que aquí se dice fuera verdad, esa verdad sólo sería provisional, válida mientras no aparezca otra que la califique o refute.

ANTES DEL GOL

CAPÍTULO I

LA SELECCION DE LA COMPLEJIDAD Y LA INCERTIDUMBRE

ANTES DEL GOL

*“El universo es construcción.
El futuro no está dado.
Hay que encontrar el camino estrecho
entre el determinismo y lo aleatorio.
La probabilidad es la forma en la que
el universo evoluciona”.*

ILYA PRIGOGINE

EL HORMIGUERO, LA LLUVIA, EL RESFRÍO MIENTRAS ESPERABA EL COLECTIVO Y EL CLÁSICO RIVER - BOCA

Si lo invitara a relacionar los datos de este título tal vez usted se imagine una historia en la que el protagonista fue a ver el clásico entre River y Boca, que en el trayecto, apurado por llegar a la cancha, cruzando los bosques de Palermo o alguna plaza de su barrio, tuvo la mala fortuna de pisar un hormiguero y sufrir una picadura. Que de vuelta a su casa, mientras esperaba el colectivo, se largó una lluvia torrencial que le provocó un gran resfrío. ¡Ahhtchiiiiis! Pero no, nada de eso ocurrió. No hay una historia que relacione estos sustantivos y, aún así, hay cosas en común entre todos ellos. Una hormiga, por ejemplo, sólo podría ejecutar un conjunto de acciones mínimas y condicionadas por el entorno que la rodea; pero si las tomamos en grupo, en un hormiguero, son capaces de formar sociedades complejas y desarrollar actividades como la agricultura, la ganadería, la arquitectura, la ingeniería y, también, ciertas prácticas de esclavitud. Juntas se convierten en un sistema que actúa con un fin común, en un macro organismo con un comportamiento global inteligente.

Si estamos mojados, con frío, esperando el colectivo durante

media hora en la parada, estaremos haciendo la publicidad necesaria para que unos minúsculos micro organismos se metan en nuestro cuerpo y nos pesquemos un buen resfrío. Estaremos congestionados, tendremos, tal vez, algo de fiebre, estornudaremos, y perderemos, por algún tiempo, el sentido olfativo. Probablemente, esos síntomas lleven a que no tengamos ganas de comer, que estemos de mal humor, que nos sintamos cansados y que no tengamos interés por actividades que normalmente nos provocan placer. Se nos ha afectado “solo” el sistema respiratorio. Pero, sin embargo, nos ha traído consecuencias en nuestro funcionamiento general. El sistema digestivo es bastante diferente del sistema respiratorio y este del sistema nervioso, pero no hay parte alguna de nuestro cuerpo que provoque un efecto aislado del resto. De hecho, los sistemas no podrían funcionar independientemente, de lo contrario, no formaríamos un ser vivo.

¿Qué tendrán que ver entre sí la lluvia y el colectivo? ¿Y los hormigueros y los seres humanos? Todos ellos son sistemas o partes de sistemas abiertos y dinámicos. Por ejemplo, sabemos muy bien que la emanación de gases y de productos químicos que liberamos a la atmósfera causan el progresivo calentamiento del planeta; y no necesitamos ser tan drásticos pues incluso hasta una mariposa puede provocar cambios climáticos agudos. Pero dejemos eso para más adelante. Los colectivos son parte del tránsito de una ciudad, que en sí mismo también constituye un sistema (a veces bastante complejo).

El hormiguero, el clima, los seres humanos y el tránsito son sistemas dinámicos y abiertos, en tanto intercambian energía con el exterior. Se los define como un conjunto de elementos o partes que se relacionan entre sí con un objetivo concreto. Un equipo de

fútbol, del mismo modo, es un conjunto de once jugadores que se relacionan entre sí para llegar a un objetivo, que es el de ganar. Por lo tanto, River y Boca; y también Gimnasia, Estudiantes, Central, Ñuls, o el equipo que usted prefiera, son sistemas, abiertos y dinámicos. Y de esta realidad se derivan una serie de consecuencias que vamos a explicar a lo largo del capítulo.

La ciencia clásica, el llamado “racionalismo clásico”, desde Aristóteles hasta Descartes, nos acostumbró a analizar y a estudiar los fenómenos del universo –desde la física hasta la biología– dividiéndolos, separándolos en partes. Esa visión analítica imaginaba un universo como una especie de gran mecanismo de relojería donde cada pieza encajaba perfectamente en otra. Sólo era cuestión de investigarlo. Ese saber compartimentado y divisionista –aún a pesar del intento por relacionar entre si a las distintas ciencias– no alcanzaba como para que pudiéramos comprender la complejidad de los fenómenos, sean biofísicos o culturales: desde el nacimiento del universo o el estado del tiempo hasta el funcionamiento de un equipo de fútbol o los cambios en los precios de una economía a lo largo de los años. La ciencia clásica, aún con sus grandes descubrimientos, no nos había podido explicar qué tenía que ver la aleatoriedad en el funcionamiento de los sistemas; o el entramado de relaciones que se producían entre las partes y el todo; o cómo el desorden, casi como por arte de magia, podía producir, espontáneamente, fenómenos de orden. Todo esto está muy cerca del fútbol, aunque no lo parezca. Y también de nuestras vidas, de lo que hacemos todos los días.

Durante el siglo pasado aparecieron científicos e intelectuales como Henri Poincaré, Ludwig von Bertalanffy, Edward Lorenz,

Ilya Prigogine, Fritjard Capra, Humberto Maturana, Benoit Mandelbrot o Edgar Morin², y fueron armando la *Selección de la complejidad y la incertidumbre*, que comenzó a desafiar –tal vez sin saberlo– a quienes integraban el club de la ciencia clásica. Estos habían ganado todos los partidos –jugando bien, hay que reconocerlo– con un estilo racionalista, determinista, construido a base de mediciones y certidumbres, donde dos más dos siempre era cuatro y si había una B era porque antes había habido una A. En cambio, la nueva Selección comenzó a pregonar que en los fenómenos de la naturaleza había azar, algo de caos, que los organismos vivos interactúan entre sí y con el medio que los rodea y que de allí se derivan consecuencias que no es posible entender si los separamos y los aislamos del exterior. Complejidad e incertidumbre, conceptos que definen a este equipo y por eso el nombre de fantasía que aquí les hemos puesto.

Esta nueva Selección, con muchachos talentosos y ávidos por aprender, empezó a ganar partidos, de modo que si antes teníamos y dábamos por seguras una cantidad de experiencias, de creencias y de valores que usábamos para percibir lo que pasaba a nuestro alrededor; si teníamos un conjunto de información, una especie de software al que echábamos mano cada vez que discerníamos sobre fútbol, o sobre química, o sobre fisiología, y eso nos servía para darle más o menos verosimilitud a lo que analizábamos o teníamos ante nuestros ojos, pues a partir de aquellos osados “jugadores”, todo eso se nos fue derrumbando como un castillo de naipes.

De tal manera que mientras ese antiguo paradigma mecanicista nos impulsaba a dividir la realidad, este nuevo paradigma

2 Sólo nombro a algunos y sin pretensión de jerarquías.